

MAQUIAVELO, TRATADISTA DE LA GUERRA. VIDA CIVIL Y MILITAR ⁽¹⁾

María Griselda Gaiada

*Decidí escribir lo que sé del arte de la guerra.
Y aunque sea atrevimiento tratar de algo que no es mi profesión,
No creo errar al acometer de palabra algo que otros,
Con mayor arrogancia, acometieron de hecho;
Porque los errores en que yo pudiera incurrir escribiendo,
Se podrían corregir sin daño alguno,
Mientras que los que se han cometido en el terreno de los hechos,
Sólo se pueden conocer tras la ruina de los imperios.*

MAQUIAVELO, *El arte de la guerra*

María Griselda Gaiada es Licenciada en Filosofía y Comunicación Social (UNLP). Becaria de CONICET para Doctorado en Filosofía (UNLP) en curso. Trabaja en docencia e investigación en UNLP y UBA. Dicta Sociedad, Estado y Mercado en Escuela Naval Militar. Varios artículos publicados en áreas de Filosofía del Lenguaje, Metafísica y Filosofía Política, disponibles en revistas técnicas y páginas web especializadas.

Mucho se ha escrito sobre el pensamiento político de Nicolás Maquiavelo (1469-1527). Algunos lo han asociado con prácticas políticas de venalidad, latrocinio e hipocresía, sobre la base de la escisión entre la esfera pública y la privada; al modelo de la virtud antigua, en el que todo bien privado debía estar orientado al bien común, opusieron la imagen de un Maquiavelo cuyo realismo político servía para justificar cualquier desvío, corrupción, régimen tiránico o autocracia. Pero lo cierto es que Maquiavelo fue un digno hijo del Renacimiento, toda su obra es un encarecido tributo a sus verdaderos maestros, los autores griegos y latinos. Ellos lo acompañaron durante sus años de solaz en bibliotecas y plazas públicas, cuando Maquiavelo no era todavía un funcionario público y podía pasearse libremente curioseando en las calles de su Florencia natal.

Sin duda, supo lograr la síntesis egotista de su propia dualidad. Por un lado, fue un intelectual que se dejó conquistar por la filosofía e historia antiguas, capaz de reconcentrarse en la lectura autodidacta del griego, amante de las letras a tal punto que hizo exclamar a su madre, la poetisa Bartolomea Nelli, “¡se dedicará a la literatura!”. Y quienes se hayan acercado a los márgenes de su legado literario, habrán comprendido la sentencia de esa profetisa. Por otro lado fue un hombre de acción porque sabía, seguramente como aprendiz de los maestros griegos, que la Política es conocimiento práctico, es ante todo, *praxis* o acción. Por ello, cuando tuvo que salir a escena a interpretar su papel de diplomático de segunda, de eminencia gris de aquéllos cuyo apellido ameritaba el título de embajadores,

(1)
Debo este paper a todos y cada uno de los cadetes de la promoción 141 de la Escuela Naval Militar, que supieron integrar la vida militar a mi vida civil.



(2) Es sabido que Maquiavelo otorgó un lugar bien encaramado a “Fortuna” como regente de los destinos humanos. La llamó la “suerte verde” en alusión a una carta que recibió de César Borgia, en la que éste le declaraba: “la Fortuna es verde.” (Brion, 2003: 136). En la tradición antigua, los romanos representaban a Fortuna, primogénita de Júpiter, llevando en su mano izquierda una cornucopia repleta de granos de maíz, símbolo de la prodigalidad, pero su mano derecha se alzaba sobre el timón, de modo tal que en cualquier momento podía efectuar su golpe impredecible para situar los destinos afortunados en el peor de los lugares. (Rescher, 1997: 21 y ss.) Como heredero de esta tradición, Maquiavelo recogió el símbolo de esa rueda siempre inconstante, contra la que nadie puede oponer resistencia cuando ha oficiado su compensación. Es preciso, pues, que los hombres públicos sean poseedores también de la “suerte verde.” La virtud política aparece estrechamente ligada a saber reconocer y aprovechar los instantes de Fortuna, así como a rehuir a tiempo de las ocasiones desfavorables.

(3) En ese momento Italia era un continuo teatro de operaciones. Desde el reinado de Carlos VIII, Francia había mostrado su inclinación a intervenir en los asuntos italianos. Luis XII tenía aspiraciones sobre el ducado de Milán, que justificaba a partir de los títulos heredados de su abuela, Valentina Visconti. Las tropas francesas desfilaban una y otra vez desde los Alpes hasta Sicilia. Milán echaba mano de ellas para resolver sus luchas intestinas por el poder, a costo incluso de que el ejército “liberador” toda vez se convirtiese en ejército de ocupación. En tal escenario, la neutralidad era imposible. Luis XII había buscado la alianza con la familia opositora de los Sforza, con los Borgia (el papa Alejandro VI y su hijo César) y con Venecia para destronar a Ludovico, el Moro. Incluso César juzgó conveniente en esa coyuntura participar de la toma de Milán, pero bien sabía que una Italia unificada exigía ante todo el derecho de autodeterminación y la expulsión de los “bárbaros” del Milanesado. Por otra parte, Nápoles pertenecía a la corona española. Desde la conquista de Alfonso V, rey de Aragón, este reino pasó,

por derecho de sucesión, a sus herederos aragoneses hasta que en 1504 Fernando, el Católico, lo incorporó formalmente a los dominios de la recién nacida España. La presencia de España en todo el sur de Italia era una espada clavada en el bajo vientre de quienes luchaban por la unificación. César Borgia soñó con llevar adelante el destino histórico del gran unificador; si bien sólo consiguió aglutinar la pluralidad de pequeños estados que poblaban la Italia central y entronizarse como el Príncipe indiscutible del Gran Ducado de la Romaña. Su absurda muerte en una guerra por una causa que no fue la propia dejó trunco aquel proyecto que había pergeñado en sus tiempos de gloria.

(4) Los paréntesis son míos.

(5) Maquiavelo, 1987: 35.

(6) Maquiavelo, 1987: 38.

(7) La distinción entre “libertad positiva” y “libertad negativa” se hizo famosa gracias a la conferencia inaugural que Isaiah Berlin realizó como Chichele Professor de Oxford en 1958, intitulada “Two concepts of liberty”. La **libertad positiva** se entiende como auto-legislación moral (esto es, darse a sí mismo la ley), el hombre libre es sujeto de derecho propio (sui iuris), como escribió Berlin: “la libertad que consiste en ser dueño de sí mismo” (Berlin, 1958: 9). Es un concepto ligado a la virtud antigua: alguien es libre cuando sus pasiones no lo esclavizan, puesto que el yo racional las constriñe bajo su ley. El sentido político de esta libertad se manifiesta toda vez que el hombre en “autogobierno” posterga su egoísmo y orienta sus fines particulares (bien privado) al bien común. La **libertad negativa** se identifica con la ausencia de interferencia, a saber, “en este sentido la libertad política es, simplemente, el ámbito en que un hombre puede actuar sin ser obstaculizado por otros” (Berlin, 1958: 3). El sentido político de esta clase de libertad procura no comprometerse con una “moralidad” (o sentido de justicia natural) de los individuos. Puesto que difícilmente se encuentren hombres que posterguen sus apetitos egoístas con miras al interés común, será necesario interferirlos con la ley.

no dudó en lanzarse a la acción para llevar adelante los intereses de Florencia. Fue al encuentro de las principales personalidades europeas: Catalina Sforza, Luis XII, César Borgia, Julio II, Maximiliano I, siempre con su escarcela vacía, pues la República de Soderini bien sabía que a ese toscano, de linaje noble pero cuna empobrecida, poco le valían las riquezas con tal de que le dejasen poner a prueba su ingenio político.

En la actualidad, Maquiavelo es conocido por esa pieza obligada a todo gobernante, asaz citada en los discursos de presidentes y legisladores norteamericanos, elevada a manual de todo hombre de mando, jalón impostergable de los tratadistas y columnistas políticos, a saber, *El Príncipe* (1513). Esta obra nació de su forzado exilio tras la restauración medicea, cuando por las noches su memoria regresó más de un decenio atrás a las audiencias con César Borgia, el único hombre de Estado que había logrado turbarlo con sus silencios inquietantes y sus ojos siempre entornados. Ambos querían la unificación de esa Italia desgarrada. César lo había conseguido mediante las armas en la Romaña y habría ido por más, si no fuera porque “Fortuna” (2) hizo su giro loco e imprevisible y le abandonó en su suerte. Maquiavelo se adelantó tres siglos teorizando a favor de un proceso unificador, sentando las bases políticas de lo que habría de ser un Estado nacional. Descubrió en César Borgia el talento de hacerse temer y amar al mismo tiempo, la fina precisión del que calibra en su favor las tan excitables pasiones del pueblo, la fuerza militar con la que quiso lograr la expulsión de los “bárbaros” (3) para así restituir a Italia su gloriosa unidad. *Aut Cesar, aut nihil*.

Otra obra fundamental del pensamiento político de Maquiavelo son los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Es conocido el hecho de que interrumpió la redacción de los *Discursos* para escribir *El Príncipe* y que, una vez concluido éste, retomó la escritura de aquéllos. Aún hoy se siguen conjeturando hipótesis acerca de cómo conciliar ambos textos en apariencia contradictorios. En los *Discursos* lleva adelante una ardiente defensa del ideario republicano (libertad, igualdad e independencia material) encomiando el modelo antiguo de la República Romana: la división y el mutuo control de los poderes sobre la base de una república perfecta, capaz de representar en su justa proporción la autoridad de la corona, de la nobleza y del pueblo. Las tres formas de gobierno (monarquía, aristocracia y democracia) que allí describe pronto tienden a corromperse: “el principado fácilmente se vuelve tiránico, la aristocracia con facilidad evoluciona en oligarquía, y el gobierno popular se convierte en licencioso sin dificultad (demagogia)”. (4) (5) Lo más juicioso, entonces, es evitar estas formas de gobierno en estado puro y elegir una tal que participe de todas ellas, “pues así cada poder controla a los otros, y en una misma ciudad se mezclan el principado, la aristocracia y el gobierno popular”. (6) La libertad republicana adquiere, pues, un sentido positivo, (7) el de la participación extendida en la cosa pública (*res publica*).

De inmediato se ve que la reluctancia al principado que se desprende de los *Discursos* no resulta fácilmente conciliable con las tesis que sostiene en *El Príncipe*. El puente se ha trazado de diferentes maneras. Por un lado, se ha creído que Maquiavelo juzgó

que la transición hacia una Italia unificada sólo podía proceder de una autoridad fuerte, concentrada en un monarca; únicamente después de un proceso así podría tenderse a una República o gobierno mixto. En este sentido, *El Príncipe* no habría sido más que la respuesta a una situación histórica signada por un estado de guerra permanente entre políticos de mentalidad localista, que se cobraban sus *vendettas* echando mano de toda clase de milicias mercenarias, siempre ávidas de prestar su fuerza al mejor postor. Pasar de un “patriotismo local” (8) a un patriotismo de carácter nacional exigía, pues, la figura de un monarca fuerte que sustrajese a Italia de la guerra civil y de la injerencia extranjera.

Por otro lado, los tributarios de la tradición republicana han querido ver en *El Príncipe* lo más cáustico de la pluma maquiavélica, precisamente la escritura que desnuda sin ambages la lógica harto aviesa del poder. Según esto, *El Príncipe* sería fruto de la letra que describe antes que de la que prescribe. Si hay algo que ha de prescribirse a los Estados es justamente que se ordenen conforme al ideal de una República perfecta.

Por último, hay quienes han pretendido exacerbar la separación entre lo público y lo privado para interpretar la dualidad maquiavélica como sigue: *El Príncipe* constituiría el recetario que ha de guiar las acciones del gobernante en la trastienda de los *bureaux* públicos; mientras que los *Discursos* habrían de ser el conjunto de ideas y principios que ha de venderse a la opinión pública, es decir, el señuelo con el que atrapar las voluntades del gran público.

Pero más allá de las salidas propuestas como modo de saldar sus controvertidas tesis políticas, lo cierto es que poco se ha dicho sobre Maquiavelo como teórico de la guerra. Es curioso que en el ámbito de la teoría política se lo haya relegado como tratadista de la guerra, dado lo subsidiario que es el arte bélico de la acción y reflexión políticas. Si hay algo innegable es que a este toscano lo movió también la pasión por la guerra; no en el sentido de los condottiers (9) de la época, cuyo entusiasmo procedía principalmente de la acción en el campo de batalla, sino en el sentido del observador atento, que eleva su mirada del campo a la teoría, para dar la regla a ese amalgamado de conocimientos intuitivos que los “capitanes de fortuna” extraían de su propia experiencia.

Maquiavelo se elevó por sobre ese “hombre práctico”, que sin duda daba al condottiero la superioridad que el experto arranca de la acción, para detenerse a pensar la guerra con la actitud reflexiva de quien juega “una partida de ajedrez”. (10) Fue un estratega por vocación, que extrajo de cada táctica romana, de cada batalla de la que fue testigo, el verdadero sentido de la finalidad de la guerra. *El arte de la guerra* (1520/21) constituye así el gran aporte que completa el ámbito de sus inquietudes políticas. Paradójicamente en el momento en que *renacía* el esplendor del arte clásico para otorgar su regla a la pintura, la escultura, la arquitectura y la música, el único arte, que Maquiavelo (11) reconoció como tal, fue “el arte de la guerra.”

En esta obra, en la que un lector poco avezado correría el riesgo de perderse en un prolífico anecdotario y ceder a la apariencia de un

Este es el sentido de la célebre frase de Thomas Hobbes en su Leviathan: “la libertad está donde calla la ley” (Hobbes, 1997: XXI, 175). La influencia de ambas categorías ha sido sumamente significativa en toda la teoría política contemporánea.

(8)
En términos de (Brion, 2003: 180).

(9)
Este término tiene su origen en la palabra italiana condotta. Con el mismo se identificaba a los capitanes de las milicias mercenarias que celebraban una condotta o contrato de alquiler mediante el cual ponían a disposición su fuerza privada de las ciudades-Estado italianas. Eran las fortunas personales las encargadas de instruir a la infantería y a la caballería en el uso de las armas. La conformación de estos ejércitos se había extendido con el cometido de liberar a los Estados de la erogación que supone la organización de ejércitos regulares; sin embargo, la experiencia condottiera demostró que tales gastos siempre serán preferibles antes que quedar a merced del espíritu de lucro de mercenarios sin bandera. Si bien el recurso mercenario contaba con la aparente ventaja de no paralizar las actividades de la vida civil, lo cierto es que esta clase de vida militar demostró lo fácilmente corruptible que se vuelve cuando nada la une al interés común. Frente a esa realidad, Maquiavelo fue el primero en teorizar a favor de que sólo corresponde al Estado el monopolio de la fuerza pública.

(10)
Brion, 2003: 169.

(11)
Maquiavelo permaneció indiferente a las colosales obras de arte que se elevaban en Roma y en Florencia. En esta ciudad, donde el gusto por la belleza era un culto, Maquiavelo, sin embargo, fue una rara excepción. Mientras Leonardo da Vinci prestaba sus servicios como ingeniero militar de César Borgia y diseñaba la más variada maquinaria de guerra y piezas de artillería, como paroxismo del modelo de “hombre universal” del Renacimiento, Maquiavelo jamás demostró un ápice de interés por el nombre de Leonardo ni por su arte como inventor.

Lejos estaba de poder comprender las dotes del innovador que en todo sitio y lugar pone a prueba el “juego libre” de su imaginación. Maquiavelo conoció a Leonardo, pero éste “tuvo a sus ojos menos importancia que un capitán de fortuna o que un secretario de embajada” (Brion, 2003: 174).

Lo mismo sucedió con Miguel Ángel, el artista preferido del “Papa guerrero”, el condottiero Julio II (Giuliano Della Rovere). Ambos fueron célebres por su naturaleza enérgica, por sus explosivas discusiones durante los años de trabajo en la Capilla Sixtina; es indudable que el Papa se reconocía en el genio indomable del artista y éste a la vez en el talante áspero de aquel soldado que debía toda su fama a la fe ciega en sus impulsos. Si bien, durante el pontificado de Julio II, Miguel Ángel y Maquiavelo estuvieron a punto de entrevistarse personalmente, tal encuentro finalmente no se produjo (Brion, 2003: 162). Durante el saqueo de Roma (6 de mayo de 1527 – 16 de febrero de 1528), cuando el ejército imperial de Carlos V, compuesto de mercenarios españoles, italianos, suizos y 18.000 lansquenets, ingresó en la ciudad, Maquiavelo fue convocado por los Estados Pontificios como consejero político. Hacía falta alguien que tomase las riendas de la situación, que fuese capaz de concertar una estrategia a los torpes movimientos de infantería que comandaba el irresoluto Duque de Urbino. En ese momento, Maquiavelo estaba a cargo de la tarea de fortificar Florencia. Dejó esta obra arquitectónica en manos de Miguel Ángel y salió al auxilio de Clemente VII (Giulio de Medici), que para ese entonces había huido a refugiarse tras las murallas de Sant’Angelo. Maquiavelo sufrió como nadie la devastación de la ciudad en manos de los alemanes y los suizos: “los soldados entraron a saco en Roma, saqueando las casas e iglesias, profanando las reliquias, jugando a la pelota con los cráneos de san Juan, san Pedro, san Pablo, violando a las religiosas, humillando a los príncipes de la Iglesia, despojando a la población de todo cuanto tenía valor y entregándose al tráfico de obras de arte [...] Desde los tiempos de las invasiones bárbaras, la capital del mundo cristiano nunca había sufrido un ultraje semejante” (Pérez, 1998: 108,109).

(12)

Famoso condotiero que en 1501 luchó contra las tropas francesas en Nápoles. Fernando, el Católico, lo designó jefe máximo a cargo del ejército español en el reino de Nápoles.

(13)

En el sentido derivado del inglés: "expertness" (destreza, habilidad, pericia), cuya raíz latina es la familia de palabras, experiencia (ensayo, prueba, experiencia), expertus (probado, experimentado), expertus belli (valeroso, aguerrido).

(14)

Pareciera éste un destino común de los tratadistas de la guerra: tampoco Carl von Clausewitz llegó a concluir su obra titánica Vom Kriege (De la guerra), cuya extensión y el rigor que le diera como militar prusiano prevalecieron ampliamente sobre el tratamiento aficionado de Maquiavelo.

(15)

Con respecto al orden expositivo, Maquiavelo señala: "tal vez hubierais preferido que primero os hablara del acuartelamiento, luego de la marcha y por fin del combate, y hemos hecho lo contrario. Pero había que proceder así, porque para explicar cómo hace un ejército para pasar del orden de marcha al de combate, teníamos necesariamente que hablar antes de la formación de combate" (Maquiavelo, 2004: 141). Es claro que al orden cronológico que desemboca en el combate, Maquiavelo antepone el orden lógico de la exposición.

(16)

El libro VII lo dedica a los sistemas de defensa en los asedios de las ciudades: abarca desde los tipos de fortificación artificial más recomendables hasta la organización de los sitiados para "evitar ser reducidos por hambre o por la fuerza de las armas" (Maquiavelo, 2004: 174).

(17)

Debo al cadete de la promoción 141, Sebastián Marcelo D'ursi (2do. Ira. Cdo. Naval), la propiedad del uso del término "escudado," que Maquiavelo utiliza para designar a los soldados de infantería pesada que portan escudo y espada, frente a lo que sería un error de traducción en la edición de Libertador que utiliza la palabra "escudero", cuyo sentido es el del siervo que carga con el traslado del escudo del caballero.

inventario más que apretado de hechos históricos, pueden reconocerse lo que he de llamar los "principios maquiavélicos" de la guerra. No hay que olvidar que el interés de Maquiavelo no fue otro que el de sentar las bases teóricas de la organización de un ejército regular, proclamando la muerte de esa ralea indeseable que constituían los condotieros. Como buen amante del mundo antiguo, concibió este escrito bajo la forma del diálogo, siguiendo el modelo de la filosofía platónica. No debe extrañar, sin embargo, que coloque en boca de un condotiero, el célebre Fabrizio Colonna, (12) los conocimientos relativos al oficio de la guerra y la experticia (13) militar; tampoco ha de sorprendernos que las inquietudes políticas acerca de ese arte encuentren su expresión en las preguntas de Cosme de Medici, a cuya familia, luego de la reconciliación, debió Maquiavelo el mecenazgo político.

La pregunta troncal que recorre los siete libros que componen esta pieza, la cual nunca tuvo ocasión de finalizar, (14) es cómo ha de organizarse un ejército regular. La formulación de este interrogante es tan simple como compleja su respuesta. En cuanto a los aspectos técnicos, el sesudo análisis comienza obviamente por las condiciones del reclutamiento, luego se dirige a las formaciones de combate, de allí al modo en que se pasa del orden de marcha al de combate; por último, se detiene en el acuartelamiento (15) (libros I a VI). (16) Sin embargo, este esqueleto extraído de su obra poco tiene de letra muerta. Es verdad que simbolizó con la frialdad de un lógico cada formación de infantería (rectangular, doble cuña y plaza central), donde capitanes, piqueros, escudados, (17) arcabuceros, ballesteros, tamborileros y señaleros recibían su letra del alfabeto latino, mientras que la ubicación de la artillería de fuego, cañones, bombardas y falconetes recibía su código del griego antiguo; pero es innegable que sus páginas son al mismo tiempo el registro vivo del clima febril del campo de batalla, en el que suenan los pífanos, atruenan los cañones, desfilan acorazadas las legiones romanas, rugen las arengas de Alejandro Magno... Y esto es así, porque para Maquiavelo la guerra es, antes que nada, un "arte vivo"; del mismo modo que la estrategia es siempre una "ciencia viva".

(18)

Puede leerse aquí la influencia de las tesis maquiavélicas cuando Hobbes enumera las potestades que corresponden al poder absoluto del soberano (Hobbes, 1997: 166). El monopolio de la fuerza pública, que sólo puede ejercer Leviatán, es el único modo de evitar la disolución del Estado a causa de la guerra civil, simbolizada por Hobbes con la figura de la gran bestia "Behemoth," tomada de la tradición antiguo-testamentaria (Job 40, 15-24). Sobre el uso de la fuerza que corresponde al Estado y las guerras de conquista, consultar Leviathan, capítulo XX: "Del dominio paternal y del dominio despótico".

(19)

Maquiavelo, 2004: 22.

(20)

Maquiavelo, 2004: 23.

(21)

Maquiavelo, 2004: 22.

(22)

Maquiavelo, 2004: 23.

Con respecto a los aspectos políticos de la pregunta que vertebra esta obra, es claro que la organización de las fuerzas armadas encuentra cabal sentido toda vez que su sitial entronca con la articulación política del concepto de Estado. Es en este sentido que puede afirmarse que los "principios maquiavélicos" resultan meridianos y de absoluta vigencia. El primero de ellos sostiene de manera irrevocable que únicamente corresponde al Estado decidir cuándo es ocasión de hacer la guerra y de establecer la paz. (18) Al atender al oficio de la guerra, nadie dudaría de que "sólo le corresponde su ejercicio a una república o a un reino". (19) De aquí Maquiavelo desprende otra tesis subsidiaria, que no es más que el reverso de aquel principio: "jamás una república o un reino bien ordenados permitieron que sus ciudadanos o súbditos ejerciesen las armas por su cuenta". (20) Los ejércitos irregulares, en cualquiera de sus formas, han demostrado ser causantes de la anarquía, nacen asociados a un oficio "rapaz, fraudulento y violento", (21) al latrocinio, el saqueo y la muerte; tal es el oficio de la guerra cuando no está ennoblecido por la dirección del gobierno; sólo el Estado puede honrarlo elevándolo a la defensa del interés común de una nación.

Maquiavelo fue testigo de la venalidad mercenaria, de la interrupción continua de la paz por esos hombres que no sabían hacer otra cosa que no fuera la guerra, de los desórdenes que brotaban del uso de las armas en beneficio propio. Los mismos florentinos lo habían acuñado con el dicho popular: "la guerra hace al ladrón y la paz lo ahorca". (22) Mientras las tropas mercenarias habían demostrado amar la guerra por encima de la paz, porque de aquella

dependía su salario, del botín conquistado, su riqueza y posición social; Maquiavelo volvió su mirada a la virtud militar del mundo antiguo para sentenciar que todo buen soldado “debe amar la paz y saber hacer la guerra”.⁽²³⁾ Su segunda tesis es, pues, la sustitución de las milicias mercenarias por un ejército regular, esto es, por un ejército tal cuya instrucción militar esté en manos del Estado. De este modo:

Una nación bien ordenada reducirá la práctica militar durante la paz a simple ejercicio, se valdrá de ella en la guerra por necesidad y para su gloria, pero exclusivamente bajo la dirección del gobierno, como hizo Roma. El ciudadano que persiga con ello otros fines, no es bueno; y la nación que no se gobierne así no estará bien organizada.⁽²⁴⁾

No obstante, no se conformó Maquiavelo con la sola constitución de un ejército regular, sino que buscó que fuera a la vez un ejército nacional. Si bien él cargó en sus espaldas con la creación y organización de la milicia florentina,⁽²⁵⁾ que le insumió buena parte de los años 1506 y 1507, no juzgó suficiente que esa fuerza se redujera a la expresión del sentimiento local de cada ciudad-Estado. Maquiavelo fue el padre del patriotismo italiano; sólo un ejército que fuera la genuina manifestación del carácter nacional de un Estado podía preciarse de tener un alma⁽²⁶⁾ y una moral propias. Transformar el patriotismo comarcano en un patriotismo nacional fue el privilegio de esa mente adelantada a su tiempo.

El remedio a la contratación de ejércitos extranjeros sólo ha de provenir del reclutamiento obligatorio que realiza el Estado de todos y cada uno de sus ciudadanos. Pronto se ve que esta tercera tesis es el fundamento de lo que más tarde se conocería como el servicio militar obligatorio. El delecto, nombre que los romanos otorgaban al reclutamiento, no puede ser voluntario. El voluntariado suele estar ligado al *outsider* social, a aquellos hombres que nada pierden, porque nada dejan al concurrir al alistamiento. Pero conformar un Ejército sobre la base de “revoltosos, holgazanes, licenciosos, blasfemos, jugadores”⁽²⁷⁾ entraña un grave riesgo: “cuando la materia es mala, el reclutamiento nunca puede ser bueno”.⁽²⁸⁾ Por ende, el gobierno debe reclutar a todos sus ciudadanos en edad de tomar las armas y asegurarles la instrucción militar. Sólo mediante el recurso al delecto forzoso pueden seleccionarse los más aptos para el oficio de la guerra. Sin embargo, no puede dejar de señalarse aquí la importancia de la conformación de una identidad ciudadana: solamente cuando la población civil está apegada a su tierra, profesa devoción por los símbolos nacionales, se siente unida a los demás ciudadanos mediante lazos de concordia civil, y alberga en su corazón el amor a la patria, entenderá su obligación de ceder parte de sus *libertades individuales* (el lugar que ocupa en su sociedad) para defender una libertad más importante, a saber, la *libertad pública* del Estado, toda vez que se vea amenazada desde el exterior.⁽²⁹⁾

Como heredero de la tradición helénica, Maquiavelo insiste en que hay que hacer de los hombres primero ciudadanos. La superioridad militar reside en la fuerza de ese elemento aglutinante que es la ciudadanía. Mientras el mercenario se esforzaba en “dar lo menos posible al mayor precio”,⁽³⁰⁾ el ciudadano expresará su lealtad civil jurando incluso dar aquello a lo que nadie pone precio, la propia vida, en defensa de los intereses soberanos de la nación. Exaltado por la lectura de Tácito, Tito Livio y César, Maquiavelo creyó ver que en el elemento ciudadano residía el éxito militar de las legiones romanas. Pese al elevado número de mercenarios (artilleros griegos, caballería árabe y germana, honderos baleares,⁽³¹⁾ etc.), que constituían las tropas auxiliares (las *allae* o aliadas), lo cierto es

(27)
Maquiavelo, 2004: 29.

(28)
Maquiavelo, 2004: 30.

(29)
Dentro de la corriente republicana, John Rawls analiza el fundamento teórico de la conscripción: “ésta sólo es permisible si se hace necesaria para la defensa de la libertad misma, incluyendo aquí no sólo las libertades de los ciudadanos del Estado en cuestión, sino también las libertades de personas de otras sociedades. Por tanto, si la conscripción militar no será probablemente instrumento de invasiones injustificables, puede tener justificación sobre este fundamento, a pesar de que el reclutamiento infringe las libertades de los ciudadanos. Pero, en todo caso, la prioridad de la libertad requiere que solamente se utilice la conscripción como la garantía que la libertad misma necesita. Considerado desde el punto de vista de la legislación (la etapa apropiada para este problema), el mecanismo de reclutamiento sólo puede ser defendido por este motivo. Los ciudadanos consienten este acuerdo como medio justo de compartir las cargas de la defensa nacional. Desde luego, los riesgos que cada uno ha de afrontar son en parte resultados de acontecimientos accidentales e históricos, pero, en cualquier caso, en una sociedad bien ordenada estos males se producen por ataques injustificados desde el exterior” (Rawls, 1995: § 58).

(30)
Brion, 2003: 181.

(31)
Tito Livio destaca el empleo que hacía Roma de los mercenarios hispanos. En este sentido, “aunque Roma había empleado auxiliares itálicos desde hacía mucho, la primera vez que reclutó mercenarios fue precisamente en Hispania, en el año 213 a.C., cuando los generales romanos necesitaron tropas más flexibles que los pesados legionarios para las duras campañas peninsulares” (Quesada Sanz, 2002: 78, 79). La habilidad bélica de los honderos baleares fue muy codiciada como refuerzo de las legiones. Es interesante la interpretación que Quesada Sanz brinda de los mercenarios hispanos: ante la idea tan difundida, en parte acuñada por el mismo Maquiavelo, de que al componente extranjero sólo lo alienta el

(23)
Maquiavelo, 2004: 28.

(24)
Maquiavelo, 2004: 24.

(25)
Sobre esta tarea que le encargó el gobierno de Soderini, Brion relata: “su despacho se había convertido en un verdadero despacho de reclutamiento donde se amontonaban las listas de las compañías, los inventarios de suministros, los pedidos y las facturas. Se ocupaba tanto del material como de los hombres, de la artillería y de la intendencia. Era a la vez el responsable de llevar las cuentas y de pagar, y el encargado del almacén, el contable y el armero. De vez en cuando abandonaba su mesa, siempre repleta de papeles, para ir a azotar a algún desertor o para llevarse por la fuerza a los insumisos” (Brion, 2003: 177).

(26)
Puede verse aquí al Maquiavelo tributario de la tradición griega. Platón es el primero que compone la figura de un ejército como una “gran familia,” sólo los guardianes fraternizados en la custodia de la polis conforman una **sola alma**: todos quieren lo mismo de la misma forma, a saber, el bien común de la República. Sobre este tema, ver Rep., libro V. Es claro que sigue siendo la presencia de las categorías antiguas, la mayoría de las veces inadvertida, la que legisla en un sinnúmero de usos coloquiales.

afán de lucro y la avaricia del botín, Quesada Sanz sostiene que aquellos hombres “llevaban una existencia durísima, a cambio de una escasa soldada”, que la mayoría de las veces fueron “carne de cañón” y que más de un general negoció la salvación de sus tropas ciudadanas, “a cambio de abandonar a los mercenarios a su triste destino” (Quesada Sanz, 2002: 77).

(32)
Maquiavelo, 2004: 32, 33.

que el núcleo, la legión, estaba constituido únicamente por ciudadanos romanos. Así, pues, la única forma de lograr un ejército eficaz es reclutándolo de entre los propios ciudadanos; las razones maquiavélicas son contundentes:

Cuando por imperativo legal y del gobierno se han entregado las armas a los ciudadanos o a los súbditos, jamás han causado daño; al contrario, se han revelado útiles, contribuyendo a mantener por más tiempo la paz en los Estados, que si se hubiera carecido de ellas. Roma fue libre durante cuatrocientos años porque estaba armada; Esparta, ochocientos. Otras muchas naciones no han tenido ejército y han sido libres menos de cuarenta. (32)

He aquí otra tesis fundamental en materia de asuntos bélicos: la carencia de fuerzas armadas o la reducción de la fuerza real a mera nominación no hace más que exponer a las naciones inermes al riesgo de la esclavitud. El dominio de la fuerza, como garantía disuasoria del principio basal de la libertad, no puede ser aplazado en el marco de una buena administración de las políticas de Estado.

Si bien Maquiavelo defendió la constitución de ejércitos regulares sobre la base del reclutamiento obligatorio, con el objeto de servirse de la ciudadanía cuando fuera necesario, es justo aclarar que no los concibió como ejércitos profesionales. Por el contrario, juzgó que en la excesiva profesionalización del ejército romano residió la causa principal de rebelión a los mandos políticos. A partir de los tiempos de Octaviano Augusto y de Tiberio (20 a 14 a.C. y 14 a.C. a 37 d.C.), cuando se constituyó la guardia pretoriana, siempre estacionada en las murallas de Roma, comenzó el período de las rebeliones:

Las facilidades que entonces se dieron para que los individuos enrolados en aquellos ejércitos se convirtieran en profesionales, llevaron a que éstos se rebelaran, haciéndose temibles para el Senado y dañinos para el Emperador. Muchas muertes causó su rebeldía, porque le daban y quitaban el mando a quien les parecía, y hasta llegó a ocurrir que al mismo tiempo hubiera varios emperadores, nombrados por los distintos ejércitos. (33)

(33)
Maquiavelo, 2004: 26.

Incluso para Maquiavelo esto no sólo fue causa de la división del Imperio, sino también uno de los factores decisivos de su caída. Creyó que un ejército profesional de asalariados era un signo de corrupción de las instituciones, no por la erogación que significase para las arcas públicas, sino porque supuso que el mismo Estado ponía a disposición de tales profesiones, “ociosos” en tiempos de paz, los medios materiales que podían conducir a la rebelión. Es en esta dirección que debe entenderse el sentido del delecto obligatorio:

Una República prudente no debe pagar a sus mandos militares; en la guerra debe tomar a los jefes de entre los ciudadanos, y en la paz devolverlos a sus habituales ocupaciones.

(34)
Maquiavelo, 2004: 27.

Sólo si el Estado puede estar seguro de que los soldados depondrán las armas para retornar contentos a los tiempos de paz, “mandándolos a sus casas a vivir de su trabajo”, (34) estará asegurada la estabilidad de las instituciones públicas. Pronto se advierte que esta idea es producto de las contingencias históricas que Maquiavelo atravesó. Podría asegurar, aun bajo el riesgo falaz de los condicionales contrafácticos, que si Maquiavelo hubiera presenciado el nacimiento de los Estados nacionales habría asentido en la necesidad de acompañar ese proceso con la conformación de ejércitos profesionales. En todo caso, habría apostado, como sin duda lo hizo, a despertar una conciencia militar atenta siempre a la lealtad institucional.

(35)
Maquiavelo cita el ejemplo del condotiero Francesco Sforza (1401-1466), abuelo de la célebre Catalina, quien “engañó a los milaneses, a los que servía como soldado, quitándoles la libertad y convirtiéndose en su señor” (Maquiavelo, 2004: 23).

Maquiavelo, que fue testigo del modo reprobable en que los condotieros se servían de la fuerza para acceder a los cargos públicos, (35) confió en los mandos militares como factor aglutinante hacia abajo y como principal elemento de lealtad hacia arriba. Son los generales los responsables de evitar la discordia, ya sea entre la propia tropa, ya sea como quie-

bre institucional, ya que el Estado deposita en ellos el resguardo de la concordia civil: “la organización militar de ninguna manera fomentará la desunión [...] porque al reclutar a los hombres se les dan armas y jefes”.⁽³⁶⁾ Incluso el cambio de destino tiene para Maquiavelo este sentido:

Hay que disponer las cosas de manera que cada año los jefes cambien de destino, porque el mando permanente sobre los mismos hombres crea entre ellos tal unión que fácilmente puede volverse en perjuicio del propio gobernante.⁽³⁷⁾

Nótese que Maquiavelo concibe la organización de los ejércitos regulares asentando su baza en una cuidadosa exposición de la relación entre los mandos políticos y militares. No hay que olvidar que su objetivo no es otro que el de llevar adelante la justificación teórica del rol de las fuerzas armadas como pilar fundamental dentro de un Estado, pues “como muchos censuran la milicia, es menester defenderla”.⁽³⁸⁾ Para el florentino, ningún sabio o persona sensata “puede hablar mal de la organización militar”;⁽³⁹⁾ ya que no es concebible ningún régimen político que pueda carecer de defensa militar; quienes no lo comprendan así, pecan de estulticia.

Ahora bien, Maquiavelo no sólo atiende a los aspectos técnicos y políticos de la organización militar, sino que también dedica, quizá sus páginas más bellas, a lo que podrían llamarse los aspectos psicológicos del arte de la guerra. Una de sus máximas al respecto es que el general debe evitar entrar en combate si su tropa está baja de moral o desconfía de la victoria.⁽⁴⁰⁾ La autoconfianza es un elemento esencial del éxito militar y el secreto de ella no puede buscarse en el cuerpo, sino en la cabeza que lo comanda. El recurso a la arenga debe ser privilegio de todo buen general. “Persuadir a unos pocos es cosa fácil”,⁽⁴¹⁾ porque se puede recurrir al castigo y a la autoridad; pero cuando hay que convencer a toda una multitud, ahí sólo cuentan las palabras. Fue el arte de la persuasión, que Alejandro cultivó de la mano de Aristóteles, el que le permitió con sus célebres arengas enardecer a los soldados para que éstos, “ricos como eran por los botines que habían logrado, le siguieran, arrojando tantas penalidades y fatigas por los desiertos de Arabia y la India”.⁽⁴²⁾ He aquí otro de los principios maquiavélicos, los grandes generales han de ser a la vez grandes oradores; ellos son el termómetro que calibra la moral de su tropa. Maquiavelo describe la múltiple finalidad de la arenga como sigue:

Las arengas anulan el temor, enardecen los ánimos, aumentan la tenacidad, descubren engaños, prometen premios, muestran peligros y el modo de evitarlos, con ellas, se ruega, se amenaza, se llena de esperanza, se alaba, se insulta y se manejan todos los mecanismos que hacen encenderse y apagarse las pasiones humanas.^{(43) (44)}

Hay en esta cita un aspecto interesante que entronca nuevamente con la tradición helénica. Los griegos usaban el término *logos* con una triple acepción: razón, palabra, discurso. En su filosofía, el autodomínio del yo se logra por vía de la razón, toda vez que el hombre gobierna sus pasiones. Nótese aquí la sutileza maquiavélica: la arenga (palabra, *logos*) brota de la razón y se dirige a las pasiones. Si bien no es explícito, puede pensarse que Maquiavelo concibió el modelo del general como aquel que gobierna con su razón las pasiones de su tropa.

Otro factor psicológico de relevancia es la fama del general, pues de ella depende la unión de un ejército.⁽⁴⁵⁾ Para Maquiavelo la fama “nace exclusivamente de su capacidad”,⁽⁴⁶⁾ no hay nobleza, estirpe, linaje preferenciales ni grado militar que pueda procurársela a quien no es capaz de ejercer el liderazgo. La ligazón entre los soldados depende en gran medida del líder que los cohesionan; como apuntó el toscano: “más que ningún otro factor, lo que mantiene unido al ejército es la fama de su general”.⁽⁴⁷⁾

También el “elemento supersticioso”⁽⁴⁸⁾ tiene un lugar central en esta obra. El general debe demostrar su ingenio interpretando a su favor toda clase de señal o presagio. Las legiones

(36)
Maquiavelo, 2004: 39.

(37)
Maquiavelo, 2004: 40.

(38)
Maquiavelo, 2004: 41.

(39)
Maquiavelo, 2004: 31.

(40)
Al respecto sentencia: “la derrota es segura, si no se confía en la victoria” (Maquiavelo, 2004: 115).

(41)
Maquiavelo, 2004: 117.

(42)
Maquiavelo, 2004: 117.

(43)
La cursiva es mía.

(44)
Maquiavelo, 2004: 117.

(45)
En este sentido, Sigmund Freud señaló la importancia de los lazos afectivos entre los individuos como modo de evitar la disolución en el ejército. Acuñó el concepto de “doble ligazón libidinal: la ligazón horizontal de los soldados entre sí se produce gracias a la ligazón vertical de todos ellos con su jefe. “Cada individuo tiene una doble ligazón libidinal: con el conductor, [...] el general en jefe, y con los otros individuos de la masa” (Freud, 2007: XVIII, 91). Explicó este fenómeno como sigue: “es evidente que el soldado toma por ideal a su jefe, en rigor, al conductor del ejército, al par que se identifica con sus iguales y deriva de esta comunidad del yo los deberes de la ayuda mutua y el reparto de bienes, que la camaradería implica” (Freud, 2007: XVIII, 127). “El cese de las ligazones que cohesionan a los soldados conduce en la situación de peligro al pánico, caracterizado por “el hecho de que ya no se presta oído a orden alguna del jefe, y cada uno cuida por sí mismo sin miramiento por los otros. Los lazos recíprocos han cesado y se libera una angustia enorme, sin sentido” (Freud, 2007: XVIII, 91). Sobre esta misma razón, puede explicarse también lo que se ha hecho en tantas batallas, a saber, ocultar la muerte del jefe para sostener cohesionada a la tropa (Freud, 2007: XVIII, 93).

(46)
Maquiavelo, 2004: 159.

(47)
Maquiavelo, 2004: 159.

(48)
Agradezco a los cadetes de la promoción 141 el modo en que me ilustraron sobre las supersticiones a bordo.

romanas eran muy supersticiosas. Cuando en sus interminables marchas, la contingencia natural hacía caer un rayo, ocultaba los astros o producía un temblor, los soldados le atribuían el sentido de un mal augurio. Por ello, el jefe debía ser ágil en dar siempre con las palabras justas. Maquiavelo cita el ejemplo de César, quien, “al caerse al suelo cuando desembarcaba en África, exclamó: *África, te tengo en mis manos*”. (49)

(49)
Maquiavelo, 2004: 159.

(50)
Platón en Leyes X hace una clara exposición del sistema jurídico antiguo en el que los “delitos de impiedad” debían ser fuertemente castigados. Codificó tres delitos: (1) creer que los dioses no existen; (2) atribuirles existencia, pero juzgarlos indiferentes a los asuntos humanos; (3) suponerlos sobornables mediante el culto privado. Las leyes prescribían rendir culto a los dioses sólo en los templos públicos. Pese a lo que suele creerse, en Atenas imperó una visión mancomunada del Estado con la religión, pues ésta cumplía una función social prioritaria, a saber, el mantenimiento del statu quo mediante la modelación de conciencias sumisas al orden social.

(51)
La misma madre de Alejandro, Olimpia, había hecho correr el rumor de que su hijo había nacido de su unión con Dionisio.

(52)
Maquiavelo, 2004: 118.

(53)
“Performativo”, en el sentido de la palabra que hace acto.

Y no sólo la superstición, sino también la religión es un factor psicológico impostergable. Desde la Grecia antigua, la religión adquirió su valor como autoridad disciplinante; (50) al actuar sobre las conciencias, canaliza el orden social, cuando no se aparta de esta vía llamando a la sedición. Para Maquiavelo, es deseable que los soldados experimenten alguna clase de sentimiento religioso, porque la disciplina castrense puede fortalecerse también con el uso apropiado de las creencias de la tropa. No sólo la “psicología del creyente” resulta más proclive a la subordinación a la autoridad, sino que, en caso de que no se lograra la disuasión mediante la aplicación de penas militares, siempre podrá apelarse al temor de Dios. Si bien esta idea puede parecer *demodé* ante la tendencia progresiva a la secularización de las fuerzas armadas, no hay que olvidar la estrecha relación que se ha establecido entre ejército e Iglesia como poderes disciplinantes.

Además la religión, en su aspecto más mitológico, ha contribuido a fabricar la imagen del conductor del rebaño. Es lícito recordar que el historiador personal de Alejandro, Calístenes, quien lo acompañó durante sus conquistas militares a Persia, lo apodó en sus crónicas el “hijo de Zeus”. (51) Los soldados creían que a aquella voluntad indoblegable la impulsaba el designio de los dioses. En el mismo sentido, Maquiavelo evoca la reciente expulsión de los ingleses durante el reinado de Carlos VIII de Francia. Fue “una joven enviada por Dios, universalmente conocida como ‘la doncella de Francia’, lo que le dio la victoria”. (52) Mucho más cercano en el tiempo es, por ejemplo, el uso que la propaganda nazi hizo de las predicciones de Michel de Nostradamus, interpretando la homofonía del término “hister” en favor del destino histórico que Hitler venía a liderar.

Por último, el juramento tiene su sitio bien encaramado dentro de los aspectos psicológicos. Su fórmula es tan simple como una línea geométrica de fácil construcción, pero de efectos incalculables. Comprometerse a querer mañana lo que se quiere hoy, inaugura la dimensión de futuro. Ante los cambios, vicisitudes, riesgos, desventuras y peligros, el militar estará dispuesto a ofrecerlo todo en defensa de aquello por lo que ha jurado. Su *psique* queda ligada al acto performativo (53) del juramento y el incumplimiento de lo que allí se ha prometido conlleva necesariamente la carga del dolor moral. Es posible que a esto se refiriera Maquiavelo cuando declara que el juramento contribuye mucho a mantener la disciplina.

Ahora bien, podría extenderme en un sinfín de asociaciones. El texto maquiavélico es tan rico que cada párrafo da lugar a más y nuevas interpretaciones. He pretendido sistematizar esta pieza, diferenciando los *aspectos técnicos, políticos y psicológicos* de la organización militar, categorías que obviamente Maquiavelo no hace explícitas, pero que recorren de modo subrepticio la totalidad de su escrito. Además, la obra recoge un conjunto de *consejos prudenciales* de gran valor operativo. Así, pues, todo general debe estudiar el teatro de operaciones; conocer al enemigo; evaluar las condiciones climáticas; juzgar el inicio, aplazamiento y duración del combate; conocer a sus propios hombres; identificar a los más leales; saber premiar el mérito; saber aplicar las penas, castigando duramente a desertores e infractores de la guardia; preocuparse por la intendencia; rodearse de buenos administradores; unificar el horario del rancho; evitar la imprudencia de combatir en invierno; etc.

Pero quizá la pregunta más basal es ¿a quiénes destinó Maquiavelo *El arte de la guerra*? ¿Lo escribió para la vida militar, que ya era, en buena parte, la depositaria intuitiva de esa serie de reglas operativas? ¿O su reflexión estaba dirigida fundamentalmente a la vida civil? Entiendo que no puede dudarse de que buscó la manera de acercar a los “profanos” a los asuntos de la guerra, de iniciar en este arte a “los ‘civiles’ que nada entendían de los

asuntos militares". (54) Ya en esa época dos posturas se presentaban como "irreconciliables": (55) la vida civil y la vida militar. (56) Maquiavelo explicó:

Cuando un hombre se propone hacer carrera en la milicia, no sólo cambia de vestimenta, sino también sus costumbres, sus usos y su manera de hablar [...] Y es por esto que hay tanta gente que considera a la vida militar tan alejada de la vida civil. (57)

Los usos y costumbres de la vida militar, el uniforme, que iguala a los camaradas y diferencia de quienes no lo son, pueden obrar como una imagen distorsionante, que impone la separación en lugar de integrar. Por eso, Maquiavelo quiso poner a disposición de la vida civil el conocimiento que tenía de la vida militar. Si es verdad que sólo se ama lo que se conoce, se propuso enseñar al pueblo la composición y manutención de un ejército, explicarle las causas de su necesidad, llevarlo de la "pequeña patria" (58) hacia una gran patria, encender los corazones civiles cantando las hazañas épicas de los héroes de guerra. Y todo esto porque bien sabía que necesitaba de la adhesión civil para la reforma que preconizaba. Habló a la sociedad civil y a los hombres de Estado; antes que nada, comprendió que tenía que ganar el apoyo del "gran auditorio" para la transformación que había proyectado de las instituciones militares. Incluso en la práctica, cuando organizó el ejército florentino, llevó al terreno sus ideas:

"De entrada, se aplicó en persuadir a los dos Soderini, el gonfaloniero vitalicio y el cardenal, cuya cooperación reclamó. Quiso implicar también al propio pueblo, a los magistrados que lo representaban, a la conciencia colectiva y la 'opinión pública'. Se esforzó por crear un movimiento de opinión y, con este fin, organizó frecuentes paradas, en el transcurso de las cuales aquella nueva milicia florentina que él había reclutado, equipado, armado y adiestrado con gran esfuerzo e ingentes gastos *desfilaba por las calles y maniobraba en las plazas.* (59) Esas manifestaciones que interesaban al pueblo, al que apasionaban los espectáculos gratuitos, son un claro ejemplo de los esfuerzos que realizó Maquiavelo por dotar a su ciudad del ejército nacional que le faltaba." (60)

El genio indiscutible de Maquiavelo le permitió evaluar su presente tomando lo bueno del pasado. "No encontraríamos cosas más unidas, más concordantes y que tanto se estimasen mutuamente como la vida civil y la militar, porque todo cuanto se establece en una sociedad para el bien común, todas las instituciones que regulan la vida en el temor de la ley, resultarían vanas si no se dispusiera de mecanismos que las defendiesen". (61) Las instituciones antiguas lo comprendieron, pero también es cierto que, cuando el ejército se desvió de su finalidad, "surgieron esas funestas opiniones que hacen odiar la milicia y evitar el trato de quienes la ejercen". (62) La inteligencia de Maquiavelo entendió que nos es preciso retornar al ideal de la sociedad bien ordenada, aquella que orienta su presente en vista de un futuro común. El beneficio de la mirada retrospectiva no ha de colocar al presente las "antiojeras del pasado", aquellas que le sustraen de la imperiosa reconciliación, sino que ha de extraer de la memoria ejemplar las reglas de acción que muevan el presente hacia el interés común, el cual sólo será posible cuando civiles y militares privilegien entre ellos el ideal maquiavélico de "una patria grande". Y así lo arengó a los gobernantes que pretendiesen edificar recortando en la techumbre:

El mejor de los regímenes políticos, sin la defensa militar, correría la misma suerte que las estancias de un soberbio y real palacio que, aun resplandecientes de oro y lujos, carecieran de techo y no tuvieran cómo resguardarse de la lluvia. (63) ■

(54)
Brion, 2003: 180.

(55)
Maquiavelo, 2004: 11.

(56)
Maquiavelo, 2004: 11.

(57)
Maquiavelo, 2004: 11.

(58)
En términos de (Brion, 2003: 183).

(59)
La cursiva es mía.

(60)
Brion, 2003: 182.

(61)
Maquiavelo, 2004: 11.

(62)
Maquiavelo, 2004: 12.

(63)
Maquiavelo, 2004: 11.

BIBLIOGRAFÍA

- *Aristóteles*, Ética a Nicómaco, *Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1970.*
- *Aristóteles*, Política, *Barcelona, Altaya, 1997.*
- *Berlin, I. (1958)*, "Two concepts of liberty," en: <http://www.nyu.edu/projects/nissenbaum/papers/twoconcepts.pdf>
- *Bertomeu, M. J.* "Republicanism y propiedad," en www.sinpermiso.info, 05/07/05.
- *Brandí, K., Carlos V*, *Buenos Aires, Juventud Argentina, 1944.*
- *Brion, M., Maquiavelo*, *Buenos Aires, Vergara, 2003.*
- *Freud, S.* Psicología de las masas y análisis del yo en *Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 2007.*
- *Hobbes, T., Leviatán*, *Barcelona, Altaya, 1997.*
- *Maquiavelo, N.*, Del arte de la guerra, *Buenos Aires, Libertador, 2004.*
- *Maquiavelo, N.*, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, *Madrid, Alianza, 1987.*
- *Maquiavelo, N.*, El Príncipe, *Madrid, Alianza, 1998.*
- *Miller, D. & Embleton, G. A.*, "The Landsknechts" en *Men at Arms (Windrow, M. ed.)*, *London, N° 58, 1976.*
- *Pérez, J., Carlos V*, soberano de dos mundos, *Barcelona, Ediciones B y Gallimard, 1998.*
- *Pettit, Ph.*, Republicanismo. Una teoría sobre la libertad y el gobierno, *Barcelona, Paidós, 1999.*
- *Platón*, Leyes en Diálogos, *Madrid, Gredos, 1999, Tomo IX.*
- *Platón*, República, *Buenos Aires, Losada, 2005.*
- *Quesada Sanz, F.*, "Los mercenarios hispanos en el Mediterráneo", en *La aventura de la historia, Madrid, N° 39, enero de 2002, pp. 74-79.*
- *Rawls, J.*, Teoría de justicia, *México, Fondo de Cultura Económica, 1995.*
- *Rescher, N.*, La suerte, *Santiago de Chile, Andrés Bello, 1997.*
- *Wise, T. & Mc Bride, A.*, "The Conquistadores" en *Men at Arms (Windrow, M. ed.)*, *London, N° 101, 1980.*

MAN Ferrostaal Argentina S.A.

80 m Offshore Patrol Vessel (OPV)



MAN Ferrostaal lleva más de 40 años en el país ofreciendo sus servicios para Inversiones Industriales, de Infraestructura y de Defensa, como Contratista General o en consorcio con empresas nacionales e internacionales en proyectos de gran escala, especialmente en las áreas de siderurgia, química, petroquímica, industria naval, transporte y metalmecánica.

Lima 355 8° – C1073AAG BUENOS AIRES - ARGENTINA
 Tel ..54-11-5031 5300 – Fax ..54-11-5031 5301
 Mail fsa@ferrostaal.com www.manferrostaal.com